

Hilos de agua, lazos de sangre: enfrentando la escasez en el desierto de Lavalle (Mendoza, Argentina)

L.M. Torres

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto Argentino de Investigaciones de las Zonas Áridas (IADIZA). Adrián Ruiz Leal s/n, Parque General San Martín, Mendoza (CP 5501). Argentina CC 507

Hilos de agua, lazos de sangre: enfrentando la escasez en el desierto de Lavalle (Mendoza, Argentina). En el trabajo se analizan las posibles relaciones existentes entre las dinámicas de uso de los recursos naturales y las estrategias de localización de las unidades domésticas en el territorio, dentro de espacios rurales de desierto que poseen una oferta ambiental limitada. ¿Cómo, en el marco de qué estrategias, los grupos humanos convierten distintas porciones de la naturaleza en recurso natural? y ¿cómo usan y administran esos recursos en procura de asegurar su propia reproducción social? Para avanzar en esta dirección se analiza un estudio de caso (el desierto de Lavalle, provincia de Mendoza, Argentina) y, dentro de él, se procede con las técnicas cualitativas de entrevista en profundidad y observación participante. Los datos que se presentan sugieren que en los territorios analizados –rurales, emplazados en tierras secas, afectados por desertificación y con elevados índices de pobreza– las limitaciones que impone el medio ambiente son sobrellevadas –en alguna medida– mediante una estrategia de localización íntimamente relacionada con el proceso de producción, que maximiza el acceso de determinados recursos naturales y que "ordena" la competencia por ellos con los vecinos y parientes.

Palabras clave: tierras secas, hombre/naturaleza, estrategias de localización, reproducción social, agua.

Threads of water, bonds of blood: facing shortage in the desert of Lavalle (Mendoza, Argentina). This study analyzes the probable relationships between the dynamics of natural resource use and the strategies for location of domestic units across the territory, within rural desert areas that have a boundless environmental offer. How, and in the framework of what strategies, do human groups turn different portions of nature into natural resources? And how do they use and administer such resources to ensure their own social reproduction? To go forward in this direction, a case study (the desert of Lavalle, Mendoza province, Argentina) is analyzed by using techniques of qualitative in-depth interviews and participating observation. The data presented suggest that in the territories analyzed -rural, on dry soils, affected by desertification and with high poverty indices- the constraints imposed by the environment are overcome, to some extent, through a location strategy that is closely related to the production process and is able to maximize access to certain natural resources and put "in order" the competition for them with neighbours and relatives.

Key words: drylands, man/nature, location strategies, social reproduction, water.

Introducción

El presente trabajo se orienta a analizar cómo, en el marco de qué estrategias, los grupos humanos convierten distintas porciones de la naturaleza en recurso natural y cómo usan y administran esos recursos en procura de asegurar su propia reproducción social. Para ello se presenta el caso de las tierras no irrigadas del departamento de Lavalle, habitualmente nombradas en el medio local como "desierto".

Dentro de un espacio gravemente afectado por procesos de desertificación y con severas limitaciones en la oferta ambiental, los grupos humanos enfrentan en forma cotidiana decisiones difíciles dado que la urgencia por dar satisfacción a sus necesidades de reproducción social debe resolverse en el marco de la situación restrictiva que impone un ambiente empobrecido y frágil, donde los usos tienen un alto potencial de erosionar aún más los magros recursos naturales disponibles.

En el marco de un proceso de investigación más vasto y complejo desarrollado entre 2001 y 2006 y preocupado por estudiar la dialéctica que se produce en el encuentro del hombre con la naturaleza, el presente trabajo analiza el papel que juega la localización territorial de las unidades domésticas de producción en las dinámicas de uso de los recursos naturales. En espacios rurales emplazados en zonas de desierto, el trabajo se interroga por las estrategias a través de las cuales los grupos obtienen los recursos necesarios para asegurar su sobrevivencia y por el papel que juegan las estrategias de localización de las unidades de producción en el proceso de reproducción de los seres humanos.

El supuesto de investigación en torno al cual se articulan estos recorridos sugiere que en territorios rurales donde las limitaciones en la oferta ambiental jaquean las posibilidades de los grupos de alcanzar su propia reproducción, la localización territorial de las unidades de producción podría involucrar una estrategia que colaboraría en resolver la difícil ecuación que se plantea entre recursos naturales exiguos y degradados y necesidades de reproducción social de los grupos humanos. Esto sería así porque junto a la posibilidad de demarcar el espacio vital de la residencia, la localización permitiría a las unidades domésticas definir situaciones de proximidad y distancia, tanto de los recursos naturales como de otros seres humanos.

En virtud de estos intereses, el objetivo general que el trabajo persigue consiste en *“analizar la relación existente entre uso de los recursos naturales y estrategias de localización de las unidades de producción en las tierras no irrigadas del departamento de Lavalle”*.

Las preguntas de investigación que motivan los desarrollos que siguen se han resuelto con el apoyo de técnicas cualitativas, aplicadas en este caso con productores caprinos (puesteros) que se localizan en el Distrito de La Asunción, desierto de Lavalle (Mendoza). La decisión de trabajar a nivel de puesto/ unidad doméstica de producción y en particular con productores caprinos, se fundamenta en que la principal actividad productiva que tiene lugar en la zona analizada es la caprina, que ésta se desarrolla a escala familiar y bajo una clara orientación a la subsistencia y en que, alrededor de las unidades de producción, se tejen las principales estrategias de uso de los recursos naturales.

Antecedentes: el uso de los recursos naturales en el desierto de Lavalle

Desde los años 70, la zona noreste de Mendoza ha sido objeto sistemático de abordaje desde el sector científico. Tanto las ciencias físico naturales como las ciencias sociales, han generado un nutrido conjunto de trabajos que han permitido caracterizar el área desde el punto de vista físico y social, aportando valiosos elementos que ayudan a explicar la conflictiva relación que en las tierras secas se plantea entre el hombre y la naturaleza.

Dentro de las ciencias sociales, una serie de trabajos que se desarrollan al quiebre de las décadas del 70 y 80, aportan las primeras descripciones sobre la “cultura del hombre del desierto” y sobre el medio ambiente en que ésta tiene lugar (Triviño, 1980; Triviño, 2004; Triviño, *et al.*, 1981; Prieto, 1981; Abraham *et al.*, 1979). Años más tarde, estos recorridos se complejizan y, entre otras cosas, se logran reconstruir las distintas etapas históricas por las que transita el proceso de construcción del territorio (Abraham y Prieto, 1981; Prieto y Abraham, 1993-1994, 1998, 2000).

Como resultado de esos recorridos, en el presente existe un profundo acuerdo en señalar que en las tierras secas de Argentina y de Mendoza en particular, los procesos de construcción del territorio polarizan dos subregiones. De un lado, los oasis, territorios beneficiarios del riego, sede de los emprendimientos productivos más dinámicos de la región y, del otro, las tierras no irrigadas, de desierto o secano, alejadas de tales beneficios y concentradoras de magras densidades poblacionales y altos índices de pobreza y ruralidad. Sumado a ello, existe un amplio consenso en que tales procesos de construcción desigual no obedecen a causas estrictamente ambientales, sino a relaciones de poder que sitúan a unos territorios en ganadores y a otros en perdedores. En este sentido, se señala que al ser el agua un recurso limitado y altamente valorado en las tierras secas, el monopolio que han tejido para sí los grupos sociales asentados en los oasis, ha condenado a otros grupos y territorios a quedar excluidos de tales beneficios y, con el paso del tiempo, los han subordinado a una dinámica de explotación que ha impuesto la necesidad de proceder con una lógica minera en el uso de los recursos naturales (Abraham, 2003; Montaña, 2003; Montaña *et al.*, 2005; Torres *et al.*, 2005). Finalmente, como consecuencia de ese uso minero, en el presente se evidencian claros signos de desertificación y, sobre sus espaldas, se agudizan las situaciones de pobreza.

Profundizando estos antecedentes, se dispone de numerosos trabajos que analizan el estado del ecosistema y, en particular, de algunos recursos naturales (Cony, 1995; Guevara *et al.*, 1995; Roig *et al.*, 1992; Villagra *et al.*, 2004). Se cuenta también con otros que analizan las temáticas culturales y las relativas a la etnicidad (Escolar, 2005; García, 2002), de otros que focalizan el estudio del paisaje y del territorio (Pastor, 2005; Pastor, *et al.*, 2006) y, aún de otros, que llegan a proponer acciones de intervención que permitan trasponer las actuales condiciones de pobreza, inequidad y subordinación que evidencian los territorios de desierto (Pastor *et al.*, 2005; Abraham y Pastor, 2005).

Ahora bien, aún cuando los trabajos que se han producido y que se continúan gestando respecto de estos territorios son numerosos y profundos, cabe advertir que hasta el momento no se dispone de estudios que analicen las dinámicas de uso de los recursos naturales, integrando tanto a los grupos humanos como a esas porciones de la naturaleza que el uso transforma

en recurso. Dicho en otros términos, si bien se cuenta con trabajos que analizan el estado del ecosistema y de otros que estudian diversas dimensiones de la vida social, en los primeros predomina una visión que se restringe a valorar el estado de los recursos con independencia de los seres humanos que se sirven, usan y viven de ellos y, en los segundos, el medio suele ser considerado de un modo pasivo, como simple receptor de las transformaciones. Sumado a ello, en particular en los segundos se tiende a mostrar un paisaje homogéneo, igual a sí mismo en toda su extensión y poblado por grupos humanos y unidades de producción también iguales entre sí. Unos y otras tienden a ser considerados como dispuestos en el espacio de un modo azaroso o suelen presentarse como guiados por la única necesidad de mejorar el acceso a algunos recursos que resultan estratégicos.

Nutriendo el polo de las deficiencias, no han sido analizadas con detenimiento las estrategias económico-productivas a las que se integran las dinámicas de uso de los recursos naturales y, si bien se dispone de datos respecto de los *disturbios* que afectan a los recursos naturales, no se han considerado detenidamente las presiones a las que se ven sometidos los seres humanos, como tampoco los complejos entramados de estrategias que en el presente les permiten afrontar un medio ambiente que resulta limitado y limitante en su oferta ambiental.

En contraposición con estas visiones, por ejemplo Wolf (1987) y Comas D'Argemir (1998) insisten en la necesidad de entender la dialéctica entre la sociedad y los recursos naturales y marcan la importancia de comprender que naturaleza y cultura son parte de un mismo sistema, siendo necesario analizar su interacción recíproca. En una línea complementaria, Godelier (1989) y luego Collins (1993 en Comas D'Argemir 1998) sugieren que una vía propicia para favorecer el diálogo entre estas dimensiones es recurrir al análisis del proceso de producción, dado que al ser la producción un acto de apropiación de la naturaleza y de transformación de los recursos naturales, sirve de interfaz a la relación hombre – medio. Finalmente, de la mano de Bennet (1971) es posible aplicar el concepto de estrategia (estrategia adaptativa, según el desarrollo del autor) a los múltiples ajustes que realizan los grupos para obtener y usar los recursos y para resolver los problemas que surgen en ese proceso.

A tono con estos aportes, el presente trabajo asume la posibilidad que las unidades domésticas de producción que se localizan en el desierto de Lavalle procedan a usar porciones de la naturaleza que definen como “recurso” en procura de resolver su subsistencia y que, en virtud de una compleja estrategia de uso de los recursos naturales, se localicen en el espacio no de un modo azaroso sino ponderando la disponibilidad de recursos naturales y de relaciones sociales. En otros términos, aquí se analiza en qué medida la localización territorial de las unidades de producción responde a un complejo entramado de condiciones, que entre otras que pueden resultar aún inexploradas, contempla la calidad de los recursos naturales a los que se tendrá acceso y el tipo de vínculos sociales que se favorecerán. Esto sería así porque, si de un lado la localización debería servir a los fines de facilitar el acceso a los recursos naturales, al mismo tiempo, podría “ordenar” la competencia por ellos, con los vecinos y parientes.

Desde los productores a las estrategias... capricultores de desierto

El desierto de Lavalle forma parte de la zona identificada como Gran Llanura Oriental o de la Travesía, que abarca una superficie aproximada de 50.000 km². (Fig. 1 y 2). Desde el punto de vista geomorfológico se trata de una depresión profunda, rellena por sedimentos del Terciario y Cuaternario, cuyos bordes los constituyen la Precordillera, la Cordillera Frontal y el bloque de San Rafael en el poniente y las antiguas estructuras de San Luís en el naciente (Abraham *et al.*, 1979).

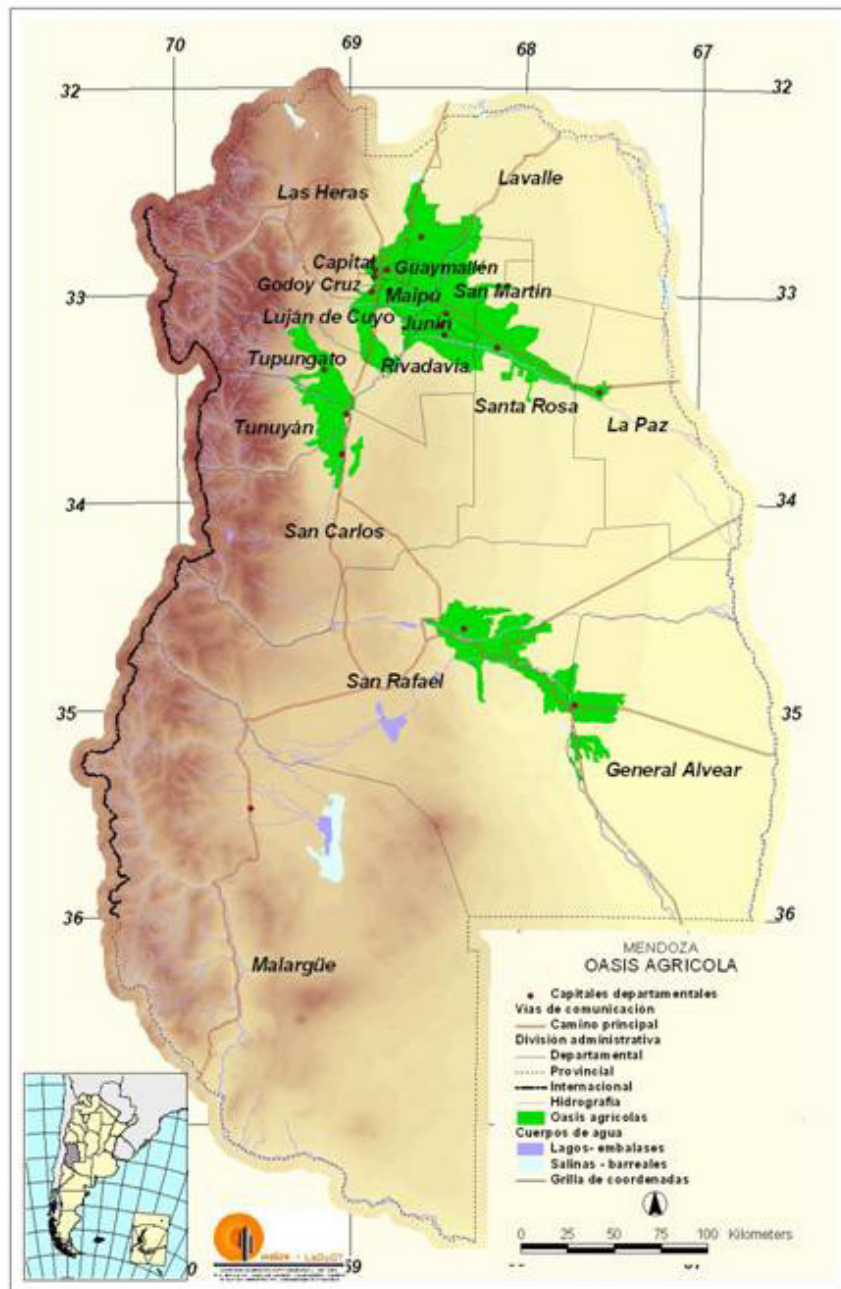


Figura 1. Mapa de la provincia de Mendoza donde destacan sus zonas de oasis y, en el extremo noreste, el Departamento de Lavalle.
Fuente: SIG DESER - LaDyOT / IADIZA 2007

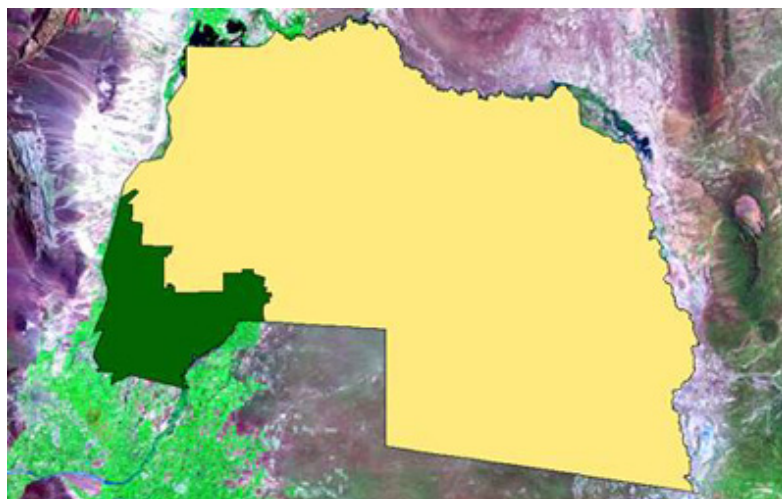


Figura 2. Mapa del Departamento de Lavalle. En amarillo se indican las tierras de desierto y en verde, las de oasis.
Fuente: SIG DESER - LaDyOT / IADIZA 2007

Según la misma fuente, las barreras montañosas que se abren sobre el oeste y este de la llanura definen sobre ella un clima de desiertos cálidos, con acentuada continentalidad y veranos tórridos, aunque con inviernos frescos. El rango de precipitaciones medias anuales oscila entre los 80–100 mm en el norte y los 130–150 mm en el sur, valores que no sólo resultan escasos sino también sumamente irregulares.

El paisaje del área es claramente horizontal dado que al no existir serranías, los únicos accidentes topográficos están dados por subsecuentes elevaciones medanosas que interrumpen el paisaje y que se alternan con depresiones y hondonadas. Los suelos son arenosos y profundos, con fuertes concentraciones arcillosas en los bajos (**Fig. 3**).

Esta configuración explica la presencia de vegetación arbórea, en particular, de bosques abiertos de algarrobo (*Prosopis spp.*). Además abunda el chañar (*Geoffroea decorticans*), la jarilla (*Larrea spp.*), el retamo (*Bulnesia retama*), el atamisque (*Atamisquea emarginata*), el jume (*Allenrolfea vaginata*) y la zampa (*Atriplex lampa*). Y, aún cuando altamente presionadas por el pastoreo del ganado, son importantes las formaciones herbáceas (Abraham et al. 1979).

A las limitaciones en las ofertas hídricas en forma de precipitaciones, se suma que los caudales superficiales que abrevan al área por los cursos de agua existentes son escasos y discontinuos, dado que los pulsos aprovechables están sólo dados por los excesos de agua a los que dan paso los oasis, ubicados “aguas arriba”. Por su parte, si bien las napas de agua subterránea comienzan a manifestarse a poca profundidad, hecho que facilita su aprovechamiento tanto por la vegetación como por la población, en la mayoría de los casos presenta altos niveles de salinidad y, a veces, altos niveles de arsénico (HACRE).



Figura 3. Imágenes del desierto de Lavalle, sus paisajes naturales y culturales (LaDyOT – IADIZA).

Sobre una extensión total de 10.007 km² de zona de desierto, se localizan cerca de 3.015 habitantes (INDEC: 2001), en base a un patrón de tipo disperso o mínimamente concentrado. Si de un lado la población dispersa se organiza en torno a *puestos*, sucesivos poblados o pequeños caseríos rompen este patrón de especialidad y conforman pequeñas tramas concentradas. En su mayoría, se trata de concentraciones que no superan las 40 viviendas y que funcionan como nodos de una débil red de servicios básicos.

Dado que la región se halla atravesada por dos ríos - el río Mendoza, que la recorre por el centro y el río San Juan – Desaguadero que la limita por el norte y este-, la población se ubica de un modo estratégico en las cercanías de estos cursos de agua. Se disponen a modo de rosario siguiendo las costas de los ríos o lo hacen sobre antiguos cauces, hoy extintos (paleocauces).

En general los poblados siguen el primer patrón de distribución, mientras los puestos que se adentran en el corazón del desierto, se ubican más asiduamente sobre paleocauces (**Fig. 4**). En ambos casos, la bibliografía disponible indica que se trata de ubicaciones estratégicas dado que permiten aprovechar al máximo los esporádicos caudales superficiales que aportan los cursos de agua existentes o facilitan la extracción, utilización y calidad de las aguas subterráneas a las que se logra acceder (Abraham *et al.*, 1979).

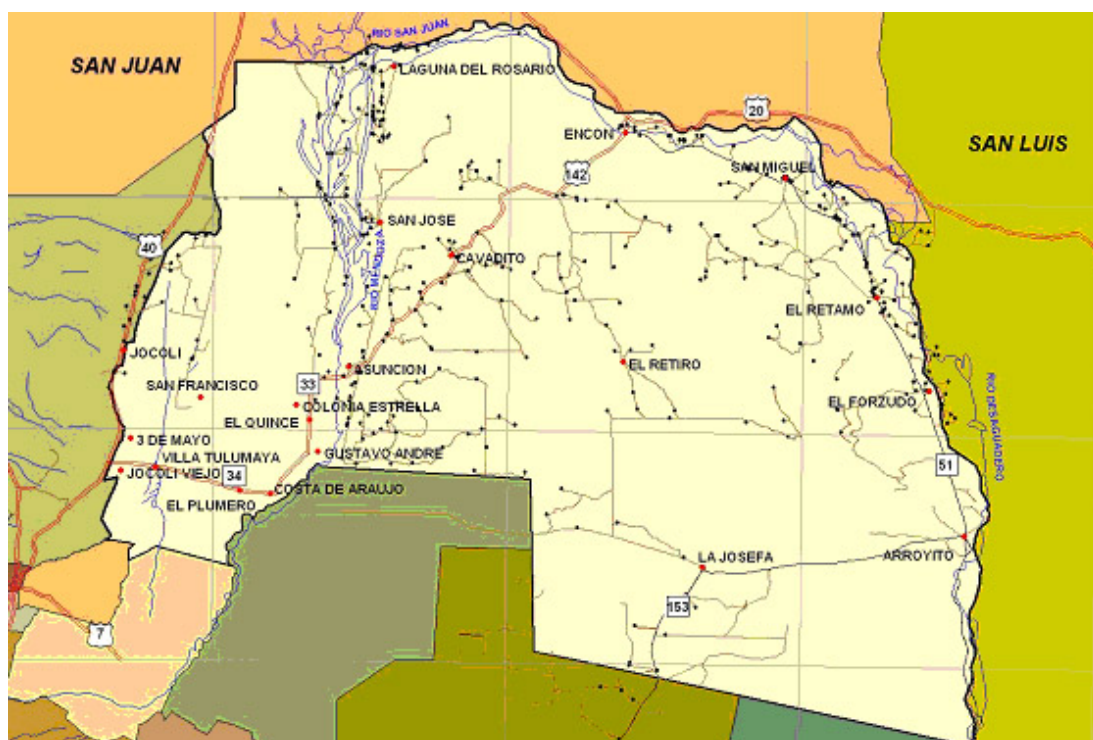


Figura 4. Poblados y puestos dispersos de la zona no irrigada de Lavalle.
Fuente: SIG DESER – LaDyOT / IADIZA

Completando el panorama, los antecedentes consultados señalan que la población se dedica fundamentalmente a la explotación de ganado menor (venta de cabritos) y, complementariamente, a la explotación de ganado mayor, a la recolección y venta de junquillo (*Sporobolus rigens*) en algunas zonas, a la recolección y venta de leña y frutos de algarrobo o a la confección y venta de artesanías (Triviño, 1980; Triviño *et al.*, 1981; Abraham *et al.*, 1979).

Ahora bien, si tal como se ha podido apreciar, los trabajos disponibles acercan nutridas descripciones sobre la zona y algunos incluso aportan datos sobre las actividades productivas que desarrollan pobladores, es claro que tanto el paisaje como los grupos humanos, e incluso las actividades económicas, son presentados como homogéneos dentro del desierto. Sin embargo y luego de considerar que el manejo de los recursos naturales, más que relacionarse con el manejo sobre la naturaleza, se relaciona con el manejo que la gente hace de distintas porciones de la naturaleza que transforma en recurso natural (Stratford y Davidson, 2002), donde la transformación misma es un hecho social, los datos de campo parecen indicar que la localización de las unidades de producción en el territorio puede ser considerada no accesoria ni aleatoria, sino parte de una “estrategia” de uso de los recursos naturales, individual y colectiva, más amplia y compleja que al mismo tiempo que pondera la cercanía respecto de determinados recursos naturales, contempla el peso de las relaciones humanas.

Pero... ¿cómo visualizar esta dinámica a escala del territorio?

Tal como se ha dejado indicado, las unidades de producción de la zona analizada, en general, se orientan a la cría de ganado menor. En rigor, se trata de economías de subsistencia que destinan la mayor parte de la producción a satisfacer las demandas de autoconsumo. La pequeña proporción de la producción que se coloca en el mercado se integra de cabritos lechales (45 días) que se venden a intermediarios que recorren la zona cumpliendo las funciones de retiro y colocación en el mercado extralocal (*cabriteros*) (Torres *et al.*, 2005). En un medio con escasas disponibilidades de agua y afectado por sobrepastoreo, la actividad productiva en torno a la cual pivotea la vida económica del desierto depende de las pasturas y, a contraluz, del agua, pero además, de lluvias escasas e irregulares, de ríos agónicos que se extinguen “aguas arriba” y de caudales subterráneos contaminados.

Complementariamente, en la zona se plantea un franco conflicto por la tenencia y posesión de las tierras, problemática que lejos de ser accesoria, parece repercutir en las modalidades de uso de los recursos naturales implementadas por las unidades de producción.

Aún cuando este conflicto ya había sido documentado hacia fines de los años 70 (Abraham *et al.*, 1979), en los años 90 adquiere una nueva dimensión, dado que queda vinculado a los reclamos que operan distintos “pueblos originarios” en todo el territorio nacional.

En el marco de un proceso más amplio que, sin embargo, adquiere particularidades en el ámbito local, en 1998 se organizan en el desierto de Lavalle las Comunidades Huarpes y, apoyándose en esta figura, los pobladores encuentran nuevos argumentos en los que apoyar sus reclamos de posesión y propiedad colectiva de las tierras.

Sin embargo, a pesar de que el gobierno provincial ha reconocido la preexistencia étnica cultural del pueblo Huarpe Milcallac (Ley 6920/2001) y ha establecido que se deberán transferir a su nombre las tierras que ocupan bajo la forma de propiedad colectiva (Constitución Nacional 1994), el proceso no ha sido sencillo.

Entre otras cosas, la confusa situación catastral que se registra en la zona y la cantidad de títulos existentes hacen presumir que el pago de indemnizaciones que ocasionaría proceder en el sentido de las expropiaciones alcanzará cifras cuantiosas para el gobierno provincial, situación que determina que en el presente el conflicto se halle atascado en el ámbito judicial y sin visos de resolución en el corto plazo. Si entre los argumentos a favor de proceder con la expropiación y entrega de tierras a las comunidades huarpes se menciona que se trata de pueblos originarios amparados por la Constitución Nacional (1994), entre los argumentos que se oponen se señala que se trata de pobladores rurales oportunistas que encarnan identidades históricas usurpadas y que, consiguientemente, no resultan sujetos de derecho en este tema (García, 2002). Sumado a ello y dada la importancia que tendrían los costos económicos que debería afrontar el Estado, algunos actores del oficialismo reclaman un proyecto integral de desarrollo del área que los justifique y que consideren inexistente en el presente.

Aún cuando puertas afuera del desierto el conflicto se agudiza y queda preso del lenguaje de los expertos, puertas adentro se registran dos procesos paralelos. Por un lado, se observa una agudización de los conflictos con los foráneos y por otro, un proceso de aparente signo inverso, tendiente a mitigar o allanar los conflictos con los vecinos. En el caso de los “foráneos” los conflictos se vuelven con el tiempo más agudos dado que estos actores –situados fuera de los límites de la huarpidad- en muchos casos proponen desarrollar emprendimientos productivos capital intensivos en la zona y, por esta vía, abren la amenaza de la compra de tierras y del desalojo de los actuales ocupantes.

En el caso de los vecinos, es decir de quienes quedan integrados a las fronteras del nosotros que se delimita con el desierto, parecería registrarse un proceso diferente que atenúa los conflictos que emergen por el uso de los recursos naturales. En este punto cabe señalar que aún cuando los reclamos sobre el territorio que operan de la mano de las Comunidades Huarpes convoquen a un porcentaje muy importante de la población del área, algunos pobladores no se hallan integrados y, contrariamente, mantienen posiciones distanciadas. En la mayoría de los casos esto se explica porque estos pobladores poseen algún “papel” que acredita su propiedad sobre distintas porciones del territorio y en que, desde este marco de garantías, reclaman propiedad privada sobre determinadas parcelas.

“... esto tiene que ver con la historia... porque la gente, por miedo a que les quitaran lo poco que tenían, pagaron los impuestos con los títulos que tenían y entonces ahora hay gente con los impuestos pagos y otra que no tiene nada... entonces algunos quieren la propiedad colectiva pero otros no... y quieren que se reconozcan sus títulos... Igual, el problema más grande son los de afuera, porque ellos vienen y quieren alambra y sacan a los puesteros que están en ese lugar y que han estado por años, con papeles que uno ni sabe... entre nosotros decimos que adentro nos arreglamos, como lo hemos hecho siempre” (Torres, trabajo de campo, entrevista grupal con productores del distrito de San José, 2004)

Sin desestimar el peso de estas fracturas, es llamativo que en el caso de los “vecinos” una necesidad antecede al conflicto por la tierra, imponiendo a los grupos la urgencia de resolver cómo administrar y usar los recursos naturales. En otras palabras, independientemente de que los actores puedan tener posiciones contrapuestas respecto a cómo materializar los reclamos o a cómo resolver el problema de la propiedad de la tierra (colectiva o privada), un profundo acuerdo los integra: la necesidad de todas las unidades domésticas de alimentar a sus miembros y la paralela necesidad de todas las majadas de acceder al agua y a las pasturas para sobrevivir y reproducirse.

En este sentido, los datos de campo se orientan a indicar que frente a los “vecinos”, una sucesión de mecanismos ayudan a los pobladores a sobrellevar los conflictos, resolviendo finalmente cómo se utilizarán los recursos naturales.

Dado que en la zona no se ha recurrido al cierre perimetral de los campos y que existe una prohibición no escrita pero tajante de colocarlos, los límites entre las propiedades – aún en aquellos casos en que se reclaman derechos superpuestos- funcionan más en las palabras que en los hechos, dado que en cualquier caso los animales pastorean a campo abierto y, en una estrategia altamente móvil que re-edita la dinámica de trashumancia de otros territorios, transforman la escasa vegetación existente en productos de consumo humano (carne, leche, guano y cuero). Las pasturas y aguadas parecen entonces destinadas al uso, tanto de los animales de los virtuales propietarios como de los animales de los virtuales desposeídos, de suerte tal que la propiedad de la tierra parece correr por un carril paralelo e independiente de aquel en el que se resuelve la vida diaria y, fundamentalmente, la producción. Dicho de otro modo, tierra no es igual a puesto, dado que mientras la primera señala una parcela delimitable sobre la que pesan títulos en litigio, los segundos refieren al uso de los recursos naturales y mantienen límites difusos.

En esta dirección, los datos emergentes con el trabajo de campo indican que un puesto está conformado por una vivienda, sus corrales y uno o más pozos de agua, pero en ningún caso incluye una porción de tierra previamente definida. Esta particular modalidad de ocupación del territorio permite, por su parte, que los puesteros muden sus puestos, trasladando la vivienda, los corrales y construyendo un nuevo pozo en otro lugar, cuando el de actual ocupación ha sufrido alguna contingencia que determina que sea preferible una nueva localización.

“Yo cuido este puesto, que es de una cooperativa de cuatro socios. Me pagan una mensualidad y con la producción, es al 50%. Ellos aportan los animales y yo el trabajo. Aparte me estoy armando mi puesto... como a un kilómetro del río. Cuando ellos vinieron para acá me dijeron que (otro puestero) les había vendido 400 hectáreas y que ellos querían que yo las cuidara... que no dejara entrar a nadie y que si veía animales de otros puestos, que los sacara. Les dije que así no era la cosa... que en todo caso ellos no habían comprado ningunas 400 hectáreas sino un puesto y el puesto se compone de la casa, los corrales y el pozo, nada más. Además les pregunté si pagaban los impuestos y dijeron que no... Entonces, no hay nada más que hablar, les dije... las cosas son así; yo les cuido el puesto y con la producción hacemos como habíamos dicho... el 50% hasta los 200 vientres y después el 100% para mi... pero yo no me voy a andar peleando con la gente porque acá las cosas no son así. Además ahora con la sequía que hay y la falta de pasto... todos están igual, uno no puede impedirles a los animales que coman si se están muriendo de hambre...” (Torres, trabajo de campo, entrevista con puestero de San José, 2004)

Cuando se menciona que se trata de una forma de ocupación relacionada con una dinámica de uso de los recursos naturales, se alude a que al no relacionarse puesto con tierra, se puede omitir la existencia de alambrados y se iguala, finalmente, el acceso a las pasturas y aguadas. Quizá como prueba de ello debe mencionarse que los pobladores son ampliamente tolerantes con sus vecinos y que, en general, aceptan que en sus difusos campos pastoreen animales de zonas del desierto muy alejadas. El único reparo en esta situación se produce frente a casos extremos, básicamente, cuando la oferta forrajera disminuye al punto de poner en peligro la reproducción del propio ganado.

Por otra parte, en contraposición con la idea según la cual las unidades de producción son iguales unas a otras, los datos de campo indican que se diferencian unas de otras en virtud de las etapas que transitan por lo que puede entenderse como un *ciclo vital* (Burch y Deluca, 1984). Dicho de otro modo, las unidades domésticas se diferencian, entre otras cosas, en atención al número y a las características de sus miembros, situaciones que finalmente se relacionan con el modo en que utilizan los recursos naturales y con las formas de localización que adoptan.

En este sentido, sumado a que la localización de las unidades de producción se halla relacionada con el acceso al agua y a las pasturas, es interesante advertir que además se relaciona con las dinámicas de crecimiento de la población y con las distintas etapas vitales que transitan las unidades domésticas. Tal como se ha señalado, los puestos se hallan formados, básicamente, por las construcciones que conforman las zonas de habitación, los corrales que se destinan a la producción y por el pozo de agua subterránea. Aún los puestos más desprovistos cuentan con esta estructura básica y tripartita dado que, finalmente, son las unidades mínimas que aseguran al puesto su autonomía y sin las cuales no podría sobrevivir.

Ahora bien, aún cuando los puestos presentan esta estructura básica, muestran también una serie de diferencias, primordialmente relacionadas con el tiempo de ocupación que registran en el lugar de asentamiento. De este modo, los puestos jóvenes contrastan significativamente con los de más largas trayectorias, por la mayor complejidad que se aprecia a simple vista en los segundos. Los puestos más antiguos en general poseen mayores dimensiones, disponen de más de un corral y de galpones, cuentan con sucesivas habitaciones que se anexan a las centrales, algunos poseen huertas y, aún otros, pequeños jardines. Otros definen la parcela en que se ubica la vivienda con cierres perimetrales o se despliegan a la sombra de generosos ejemplares de algarrobo que han podido sortear largos años de tala.

Aún cuando con ciertos matices, es habitual que los puestos más jóvenes tengan menores dimensiones y que en ellos predominen otros materiales de construcción que exceden al estricto adobe y a la quincha, que caracteriza a los primeros. Casas de ladrillos, cubiertas de chapa de cinc, membranas asfálticas, techos a dos aguas, en general viviendas pequeñas con más aberturas que las anteriores y dentro de un estilo que recuerda estéticas urbanas. Se trata, en definitiva, de viviendas “más modernas”, “hechas como deben ser” según el relato de algunos pobladores, más acordes a los estilos constructivos típicos de las ciudades y que, sin embargo, muestran menores bondades si se las piensa en tensión con la rigurosidad climática que la zona presenta.

Sumado a ello, el modo en que los puestos emergen en el territorio no resulta azaroso. Contrariamente, los orígenes de los puestos están íntimamente ligados a otros puestos, en general, al de los padres u otros parientes siempre mayores, que cumplen con los nacientes funciones nodrizas, es decir, de acompañamiento y sostén en los primeros años de existencia. La estructura que se abre por detrás de esta dinámica recibe en la zona el nombre de *puestos árboles* o *principales*.

Con estas expresiones se alude a aquellas unidades de producción / puestos, de mayores dimensiones y más largas trayectorias de ocupación, alrededor de las cuales se localizan los puestos más jóvenes, que se desprenden e independizan. En las primeras etapas y frente a la posibilidad que las unidades mínimas que definen a un puesto se hallen no del todo logradas, los puestos de los mayores brindan un apoyo que resulta central y que se materializa en la posibilidad de compartir recursos aún no logrados por los más jóvenes (pozos de agua, por ejemplo). Sucesivos ramilletes de puestos, cercanos unos a otros, pero dispersos en un gran territorio, comparten entre sí recursos que resultan estratégicos en el medio en que se ubican y se localizan a menor distancia unos de otros que respecto de los restantes vecinos. Esta forma de localización favorece, en primer lugar, que los puestos compartan indefectiblemente las pasturas, situación que por su parte se ve alentada por la inexistencia de alambrados, pero al mismo tiempo permite disminuir las situaciones de competencia por los recursos naturales con los no parientes.

Valiéndose de un precario dibujo sobre la tierra, un poblador de La Asunción comenta "... es así... si el puesto de mi madre está acá, el mío lo hice de este lado y mi hermano de este y el otro hermano de este lado... estamos en la misma área, ¿entiende? ¿Por qué esto es así?... ¡y... porque yo no puedo ir a hacerle problemas a otros vecinos! Yo me tengo que mantener en mi campo de pastoreo ¿me entiende? Ahora, si yo me quiero ir para aquel lado, que no hay nadie y hay muy mucho campo... entonces no hay problemas..." (Torres, trabajo de campo, entrevista a poblador de La Asunción, 2007)

En algunos casos se observa además que hasta pasados algunos años desde que los *puestos incipientes* se han desprendido, comparten con los *principales* algunas fuentes de agua, en mayor medida frente al caso de perforaciones de profundidad, molinos o jagüeles, donde los últimos suponen erogaciones de capital y tiempo iniciales para afrontar su construcción (**Fig. 5**). En otras oportunidades, los puestos incipientes dan comienzo a explotaciones independientes a partir de animales que los padres entregan como adelanto de herencia y, finalmente, se ha registrado el caso de puestos que comparten entre sí el trabajo, en especial, en aquellas épocas del año que presentan mayores requerimientos de mano de obra (pariciones y yerra, por ejemplo).



Figura 5. Jagüel del desierto de Lavalle (2003). Los jagüeles consisten en excavaciones realizadas por los mismos pobladores "a pico y pala" mediante las cuales alcanzan la napa freática. El acceso al ojo de agua se resuelve mediante una rampa, también excavada en el suelo, que facilita el acceso de los animales. Los bordes restantes del pozo conservan el perfil del terreno original (Pastor 2005)

Como resultado, el territorio se salpica de pequeños agrupamientos de dos, tres y tal vez cuatro puestos, entre los que generalmente predominan las relaciones de parentesco (**Fig. 6**). En su mayoría se trata de puestos cercanos, ubicados entre los 500 y los 2000 metros, que se conectan entre sí por huellas internas que facilitan las vías de comunicación y poblados por padres, hermanos o tíos.

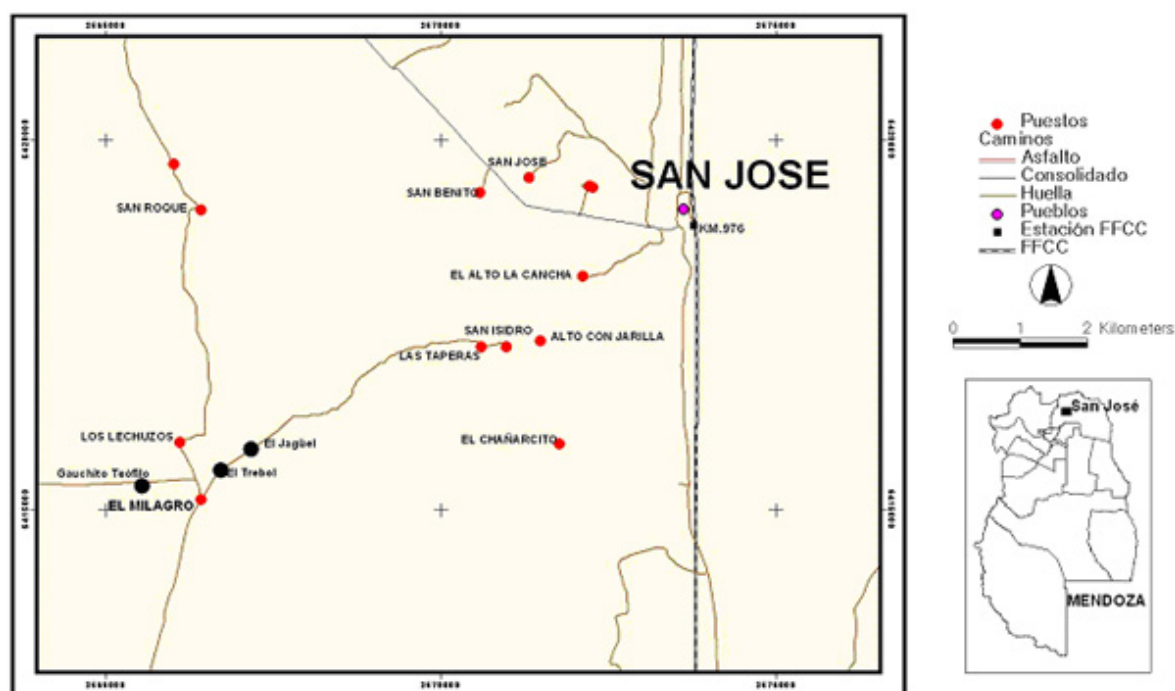


Figura 6. Sobre el margen inferior izquierdo de esta carta se observan cinco puestos cercanos entre sí: “El Milagro”, “Los Lechuzos”, “El Jagüel”, “Gauchito Teófilo” y “El Trébol”. De acuerdo con el relato de los pobladores, el primer puesto en conformarse fue el denominado “Los Lechuzos”, creado a principios del siglo XX por la madre de quien hoy ocupa el puesto “El Milagro”. Pasados cerca de 25 años, este puesto “principal” apadrinó el nacimiento de “El Milagro”, que comienza a formarse con el matrimonio y que se consolida al momento del nacimiento de la última de las hijas de la pareja. Luego, el primer hijo de este matrimonio (nieto de la propietaria de Los Lechuzos) queda al cuidado del puesto de su abuela a la muerte de ésta. Pasado el tiempo, los hijos nacidos del matrimonio que ve nacer El Milagro crean sus propios puestos en las proximidades de los padres: Gauchito Teófilo ubicado a 800 metros, El Jagüel ubicado a 1.000 metros y El Trébol (500m) que aún se halla en período de desarrollo.

“Entre nosotros compartimos todo... si matamos un ternero ya estamos yendo a la casa de la hija con carne y a la casa del hijo también... después, la nuera que está viuda ya viene a buscarla a ella para que le cuide a los niños o para que la acompañe... y el hijo viene y me dice... mamá hoy necesito un caballo para llevar al niño al médico y lo lleva... así es acá...” (Torres y Pastor, trabajo de campo, entrevista con pobladora de San José, Lavalle, 2007)

Complementariamente, si bien esta dinámica de localización favorece algunas relaciones sociales, al mismo tiempo restringe el alcance de otras, básicamente porque la distancia que se busca interponer, termina por limitar o controlar la competencia por algunos recursos naturales.

Finalmente, la modalidad de localización que se erige tras los *puestos árboles* va más allá y junto a un patrón de asentamiento, trae a escena una estrategia de uso de los recursos naturales que opera administrando un bien común. La ubicación de proximidad o distancia, la organización de un territorio libre de linderos y la posibilidad de compartir algunas fuentes de agua en un medio desértico, permite que los grupos obtengan y usen los recursos del medio disminuyendo la vulnerabilidad que los actores tendrían como sujetos aislados. Al mismo tiempo, si bien la proximidad facilita que se compartan los recursos y que se cuente con *ayuda en caso de necesidad*, las distancias que se mantienen determinan que no se registre el caso de *vecinos linderos* extremadamente próximos, de modo que se limitan las posibilidades de establecer relaciones de competencia extrema por el uso de recursos naturales exiguos (pasturas, por ejemplo).

Consideraciones finales

Tal como se ha dejado señalado a lo largo del trabajo, los productores analizados enfrentan a diario situaciones difíciles de resolver que jaquean sus posibilidades de responder a sus necesidades de reproducción social. En un medio ambiente empobrecido y frágil, con limitaciones que responden a causas naturales y con otras que obedecen a causas antrópicas, se generan productos altamente dependientes de la oferta del medio (caprinos). Sumado a ello, de productos que son dependientes de una limitada oferta ambiental, depende en forma directa la reproducción de los grupos, al punto que de no lograrse márgenes en la producción para destinar al autoconsumo o al mercado, los grupos domésticos enfrentarían una segura crisis.

En virtud de estas condiciones, entre otras porciones de la naturaleza susceptibles de uso por los seres humanos, en la zona analizada es indudable que dos son valoradas como recurso natural: el agua en primer lugar y, luego de ella, las pasturas.

La crítica situación que presenta la zona, retratada fielmente en la gravedad que allí exponen los procesos de desertificación, da cuentas sin embargo de un espacio en el que, justamente, esos recursos son sumamente limitados y valorados y que, quizá por ello, son susceptibles de recibir de parte de los seres humanos un tratamiento cuidadoso y detallista.

Entre otras estrategias que pueden haber pasado desapercibidas y que desde ya imponen la necesidad de duplicar los esfuerzos de comprensión, a lo largo del trabajo se han aportado datos que permiten visualizar que la localización territorial de las unidades de producción juega un rol fundamental al interior de las dinámicas de uso de los recursos naturales. El proceso de investigación desarrollado informa que esto es así porque la localización territorial permite que los grupos mejoren su acceso a los recursos naturales, al mismo tiempo que les permite organizar la competencia por los recursos y, finalmente, porque por esta vía se atenúa la posibilidad de que emerjan o se agudicen los conflictos sociales.

En este sentido, no menos importante que facilitar el acceso a los recursos naturales es acompañar esa dinámica con otra tendiente a limitar la competencia, ayudando finalmente a maximizar el uso de esos limitados recursos de los que paradójicamente “todos dependen”.

Para terminar, cabe al menos dejar indicadas las nuevas preguntas de investigación que se abren una vez concluida esta parte del proceso. Si bien a lo largo del trabajo se ha podido mostrar que la localización revierte en una estrategia, en el sentido de permitir un ajuste que colabora para que los grupos sociales accedan y den uso a los recursos naturales, se corren dos riesgos. De un lado, dejar la idea que se trata de dinámicas de uso no conflictivas que igualan idílicamente a los pobladores y, de otro, que revisten una forma de manejo de los recursos naturales sustentable y en perfecta armonía con el medio ambiente.

Con relación al primer punto y aún cuando los datos disponibles en la actualidad no resultan suficientes para analizar acabadamente este tema, es interesante valorar que como tantos otros grupos humanos, los aquí analizados no se hallan exentos del conflicto y que, contrariamente, se encuentran plenamente atravesados por fracturas y disputas de diversa naturaleza. Entre otras que escapan a los intereses de investigación que se persiguen, las fracturas en torno a la riqueza, en torno al control de los recursos económicos, en torno al prestigio y en torno al poder, deben ser valoradas con mayor detenimiento porque, probablemente, marquen límites a las solidaridades territoriales que se leen a contraluz de las estrategias de localización aquí analizadas.

Sumado a ello, el hecho de haber descrito una dinámica de uso de los recursos naturales que incorpora una forma de administración de un bien común, no implica señalar llanamente que con la sola intermediación de esta estrategia la oferta ambiental no se degradará y alcanzará a satisfacer las necesidades de todos quienes se localizan en la zona. Contrariamente, los procesos de desertificación se mantienen y profundizan, los niveles de pobreza aumentan y la población emigra de un modo constante, buscando satisfacer sus necesidades en el ámbito extra-local (migraciones definitivas) o, cuando menos, en complemento con éste (migraciones estacionales).

Sin embargo y sin desestimar la necesidad de profundizar la comprensión de estas dinámicas y de explorar la gravedad que puede llevar implícita la agudización de las condiciones de degradación, es interesante señalar que los grupos humanos de la zona administran los exiguos bienes que quedan disponibles y que lo hacen dialogando con el medio, con la producción y con los vecinos, equilibrando en lo posible el acceso a los recursos naturales y manejando, para ello, las distancias y cercanías que se dibujan alrededor de la sangre.

Referencias

Abraham E. M., Prieto, M. del R., Triviño, L. 1979. *Estudio antropológico del noreste árido de Mendoza, Serie Científica, Año III; N° 14: 40-46.*

Abraham, E. M., y Prieto, M. del R. 1981. *Enfoque diacrónico de los cambios ecológicos y de las adaptaciones humanas en el NE árido mendocino*, Cuadernos del CEIFAR (8): 107-139, Mendoza, Argentina.

Abraham, E. M., Pastor, G. 2005. *Desafíos y Oportunidades de las Tierras Secas del centro oeste argentino: estrategias para el desarrollo local y lucha contra la desertificación y la pobreza*, Actas del III Seminario Internacional. La Interdisciplina y el Ordenamiento Territorial, Instituto de Cartografía, Investigaciones y Formación para el Ordenamiento Territorial (CIFOT), 20 al 24 de septiembre de 2005, Mendoza, Argentina, 5:20.

Abraham, E. M. 2003. Desertificación: bases conceptuales y metodológicas para la planificación y gestión. Aportes a la toma de decisión, Lima, Centro de Investigaciones de Zonas Áridas, Univ. Agraria La Molina , *Zonas Áridas* N° 7, 19: 68.

Bennet, J. 1971. Adaptation as a frame of reference. En *Northern Plainsmen Adaptive Strategy and Agrarian Life*, Chicago , Aldine, 352p.

Burch, W. y DeLuca, D. 1984. *Measuring the Social Impact of Natural Resource Policies*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Comas D'Argemir, D. 1998. *Antropología Económica*, Ariel, Barcelona.

Cony, M. 1995. Reforestación Racional de Zonas Áridas y Semiáridas con árboles multipropósitos. *Interciencia* 20(5): 249-253.

Escolar, D. 2005. El Estado del Malestar. Movimientos indígenas y procesos de desincorporación en la Argentina : el caso Huarpe. En Briones, C. (Ed.) *Cartografías Argentinas, Políticas Indigenistas y Formaciones Provinciales de Alteridad*, Geaprona, Buenos Aires: 45-77.

García, A. 2002. Una Mirada a los Reclamos Modernos de Identidad Huarpe, *Scripta Nova* (VI: 109), Universidad de Barcelona, España.

Godelier, M. 1989. *Lo ideal y lo material*, Taurus Humanidades, Madrid.

Guevara, J.C., Estevez, E. R. y Torres, E. R. 1995. Receptividad de las Pasturas Naturales de la Llanura de Mendoza, *Multequina* 4: 29-35.

INDEC 2001. Censo Nacional de Población y Vivienda 2001, Datos Provisionales, Gobierno de Mendoza, Mendoza.

Montaña, E. 2003. *Reconversion et Intégration régionales au coeur du Cône Sud: La province de Mendoza (Argentine) à l'aube du XXIème siècle*, Tesis de doctorado Université Sorbonne Nouvelle-Paris 3, Paris, France.

Montaña, E., Torres, L., Abraham, E. M., Torres, E. y Pastor, G. 2005. Los Espacios Invisibles. Subordinación, Marginalidad y Exclusión de los Territorios no irrigados en las Tierras Secas de Mendoza, Argentina. *Región y Sociedad* 32: 3-32.

Pastor, G. 2005. Patrimonio, Vivienda y Agua en el Paisaje del Noreste Mendocino. En Fernández Cirelli, A. y Abraham, E. M. (Ed.), *El agua en Iberoamérica. Uso y gestión del agua en tierras secas*, CYTED, Subprograma XVII, Proyecto XVII.1, Mendoza, Argentina: 79-92.

Pastor, G., Torres, L., Montaña, E. y Abraham, E. M. 2006. Artesanías y desierto: una aproximación a los fenómenos de desterritorialización del patrimonio cultural huarpe, *Theomai* N° 13, Buenos Aires, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO13/Index.htm>.

Pastor, G., Abraham, E. M. y Torres, L. 2005. Desarrollo Local en el Desierto de Lavalle. Estrategia para Pequeños Productores Caprinos (Argentina). *Cuadernos de Desarrollo Rural de la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia* 54: 131-150.

Prieto, M. del R. 1981. *El área del Desaguadero Norte*, Publicaciones del Programa de Investigaciones de Epidemiología Psiquiátrica, CONICET, Buenos Aires, s/p.

Prieto, M. del R. y Abraham, E. M. 1993-94. Proceso de ocupación del espacio y uso de los recursos en la vertiente nororiental de los Andes Centrales Argentino-Chilenos. *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada* 22-23: 219:238.

Prieto, M. del R. y Abraham, E. M. 1998. Historia ambiental del sur de Mendoza (Siglos XVI al XIX). Los factores críticos de un Proceso de Desertificación. *Bamberger Geographics Schriften Bd.* 15: 277-97.

Prieto, M del R y Abraham, E. M. 2000. Caminos y Comercio como factores de cambio ambiental en las planicies áridas del Mendoza –Argentina- entre los siglos XVIII y XIX, *Theomai*, N° 2. <http://www.unq.edu.ar/revista-theomai/numero2/index.htm>

Roig, F., González Loyarte M., Martínez Carretero E., Berra, A y Wuilloud, C. 1992. La Travesía de Guanacache, Tierra Forestal. *Multequina* 1: 83- 91.

Stratford y Davidson. 2002. Capital Assets and Intercultural Borderlands: sociocultural challenges for natural resource management”, *J. Environ. Manage.* 66: 429-440.

Torres, L., Montaña, E., Abraham, E., Torres, E. y Pastor, G. 2005. La Utilización de Indicadores Socio-Económicos en el Estudio y la Lucha contra la Desertificación : Acuerdos, Discrepancias y Problemas Conceptuales Subyacentes, Vol. 16, N° 2, *Revista Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Institute of Latin American History and Culture, Tel Aviv University, Israel: 111-133.

Triviño, L. 2004. Mendoza Desértica. En Roig, A., Lacoste, P. y Satlari, M. C. (comp.) *Mendoza, Cultura y Economía*, Caviar Blue, Mendoza, Tomo II: 145-173.

Triviño, L. 1980. El hombre en las zonas áridas. Serie científica (Mendoza, Argentina) III, 12-16; 16-19.

Triviño, L., Abraham, E. M., Bocco, A., Prieto, M. del R. 1981. *El Folklore y la Religiosidad Popular* , Centro de Investigaciones del Folclore, Córdoba: 19-51

Villagra, P., Cony, M., Mantován, N., Rossi, B., González Loyarte, M., Villalba, R. y Marone, L. 2004. “Ecología y Manejo de los algarrobales de la Provincia Fitogeográfica del Monte”, en Arturi, M.; Frangi, J. y Goya, J. (Eds.) *Ecología y Manejo de Bosques Nativos de Argentina*, La Plata , Editorial Universidad Nacional del La Plata , 1-32.

Wolf, E. 1987. *Europa y la gente sin historia*, Fondo de Cultura Económica, México.